



CLUB DE LECTURA DE NARRATIVA LATINOAMERICANA

CARTUCHO, DE NELLIE CAMPOBELLO

Desde una ventana

Una ventana de dos metros de altura en una esquina. Dos niñas viendo abajo un grupo de diez hombres con las armas preparadas apuntando a un joven sin rasurar y mugroso, que arrodillado suplicaba desesperado, terriblemente enfermo se retorció de terror, alargaba las manos hacia los soldados, se moría de miedo. El oficial, junto a ellos, va dando las señales con la espada, cuando la elevó como para picar el cielo, salieron de los treinta diez fogonazos que se incrustaron en su cuerpo hinchado de alcohol y cobardía. Un salto terrible al recibir los balazos, luego cayó manándole sangre por muchos agujeros. Sus manos se le quedaron pegadas en la boca. Allí estuvo tirado tres días; se lo llevaron una tarde, quién sabe quién.

Como estuvo tres noches tirado, ya me había acostumbrado a ver el garabato de su cuerpo, caído hacia su izquierda con las manos en la cara, durmiendo allí, junto de mí. Me parecía mío aquel muerto. Había momentos que temerosa de que se lo hubieran llevado, me levantaba corriendo y me trepaba en la ventana, era mi obsesión en las noches, me gustaba verlo porque me parecía que tenía mucho miedo.

Un día, después de comer, me fui corriendo para contemplarlo desde la ventana, ya no estaba. El muerto tímido había sido robado por alguien, la tierra se quedó dibujada y sola. Me dormí aquel día soñando en que fusilarían otro y deseando que fuera junto a mi casa.

El fusilado sin balas

Catarino Acosta se vestía de negro y el pasaba por la casa, saludaba a Mamá ladeándose el sombrero con la mano izquierda siempre hacía una sonrisita que, debajo de su bigote negro, parecía tímida. Había sido coronel de Tomás Urbina allá en Las Nieves. Hoy estaba retirado y tenía siete hijos, su esposa era Josefina Rubio de Villaocampo.

Gudelio Uribe, enemigo personal de Catarino, lo hizo su prisionero, lo montó en una mula y lo paseó en las calles de Parral. Traía las orejas cortadas, y prendidas de un pedacito, le colgaban; Gudelio era especialista en cortar orejas a las gentes. Por muchas heridas en las costillas le chorreaba sangre. En medio de cuatro militares, a caballo, lo llevaban. Cuando querían que corriera la mula, nada más le picaban a Catarino las costillas

con el marrazo. Él no decía nada, su cara borrada de gestos, era lejana, Mamá lo bendijo y lloró de pena al verlo pasar.

Después de martirizarlo mucho, lo llevaron con el güero Uribe. “Aquí lo tiene, mi general-dijeron los militares-, ya nada más tiene media vida”. Dicen que güero le recordó ciertas cosas de Durango, tratándolo muy duro. Entonces dijo Uribe que no quería gastar ni una bala para hacerlo morir. Le quitaron los zapatos y lo metieron por el medio de la vía, con orden de que corrieran los soldados junto con él y que lo dejaran hasta que cayera muerto. Nadie podía acercarse a él ni usar una bala en su favor; había orden de fusilar al que quisiera hacer estas muestras de simpatía.

Catarino Acosta, duró tirado ocho días. Ya estaba comido por los cuervos cuando pudieron levantar sus restos. Cuando Villa llegó, Uribe y demás generales habían salido huyendo de Parral.

Fue un fusilado sin balas.

Las tripas del general Sobarzo

Como a las tres de la tarde, por la calle de San Francisco, estábamos en la piedra grande. Al bajar el callejón de la Pila de don Cirilo Reyes, vimos venir unos soldados con una bandeja en alto, pasaban junto a nosotras, iban platicando y riéndose. “¿Oigan, qué es eso tan bonito que llevan?” desde arriba del callejón podíamos ver que dentro del lavamanos había algo color de rosa bastante bonito. Ellos se sonrieron, bajaron la bandeja y nos mostraron aquello. “Son tripitas”, dijo el más joven, clavando sus ojos sobre nosotras a ver si nos asustábamos; al oír, son tripitas, nos pusimos junto de ellos y las vimos, estaban enroladitas como si no tuvieran punta. “¡Tripitas, qué bonitas! ¿y de quién son?”, dijimos con la curiosidad en el filo de los ojos. “De mi general Sobarzo-dijo el mismo soldado-, las llevamos a enterrar al camposanto”. Se alejaron con el mismo pie todos, sin decir nada más. Les contamos a Mamá que habíamos visto las tripas de Sobarzo. Ella también las vio por el puente de fierro.

No recuerdo si fueron cinco días los que estuvieron “agarrados”, pero los villistas en aquella ocasión no pudieron. Creo que el Jefe de las Armas se llamaba Luis Manuel Sobarzo y que lo mataron por el Cerro de La Cruz o por la estación. Él era de Sonora, lo embalsaron y lo echaron en un tren; sus tripas se quedaron y lo echaron en un tren; sus tripas se quedaron en Parral.

La sentencia de Babis

Babis vendía dulces en la vidriera de una tienda japonesa. Babis reía y se le cerraban los ojos. Él era mi amigo. Me regalaba montones de dulces. Me decía que él me quería, porque yo podía hacer guerra con los muchachos a pedradas. Él no podía pelear-no por miedo- pero es que él era ya un hombre grande. “Yo he visto agarrarse muchachos grandotes allá en la calle de Mercaderes, del lado del río”. Entonces él me dijo: “No me gustan las piedras tanto como los balazos. El día que me dé de alta-y se le hundían los ojos echando fuera los dientes-, voy a pelear muy bien”. Y me daba un puño de chiclosos. Todos los días me decía que ya se iba con una tropa y que le gustaban mucho los pantalones verdes. “Yo me compraré unas mitasas con hebillas blancas”, entonaba como una canción. Y muy seria le dije: “Pero te van a matar. Yo sé que te van a matar. Tu cara lo dice”. Él se reía y me daba confites grandes. Le conté a Mamá lo que Babis me dijo. Estaba yo retriste.

Un día encontré solos los dulces Babis estaría vestido con pantalones verdes y botones. Qué ganas tenía de verlo. Sería como un príncipe.

Hacía un mes- un año para mis ojos amarillos-, sin ver a Babis. Un soldado que llegó de Jiménez buscó la casa. Traía algo que contarle a Mamá. Llegó a cualquier hora. “Braulio, el que trabajaba en El Nuevo Japón en la calle de Ojito, se había ido con ellos. Era un muchacho miedoso”. Así lo dijo aquel hombre, parado junto al riel, con manos en las bolsas. (Yo le quise saltar al oír aquello. Babis no era miedoso). Se robaba los dulces para mí. “En la toma de Jiménez, en los primeros prisioneros que agarraron, le tocó a Babis. Quemaron con petróleo a los prisioneros, estaba de moda. Así fue cómo en el primer combate Babis murió”. Yo creo que sin tener sus hebillas blancas. El hombre dijo, meciéndose en un pie, que no se le iban de los oídos los gritos de los quemados vivos. Eran fuertes. Después se fueron apagando poco a poco.

El soldado, con la mano derecha, hizo un ademán raro y se fue calle arriba, por en medio de los rieles del tranvía, meciéndose en sus pies, y llevándose los gritos de Babis en sus orejas.